

**Sobre *Vencer la derrota.
Vivir en la sierra zapoteca
de México (1674-1707)***

Águeda Jiménez Pelayo
Universidad de Guadalajara-CUCSH
jimenezp66@hotmail.com

Thomas Calvo ha dedicado buena parte de su vida a incursionar en la historia de la Nueva Galicia durante el siglo XVII; sus libros son lectura obligada para conocer la demografía de Guadalajara, los organismos de gobierno, las elites y los grupos raciales en esa centuria. Especialista en historia social y de las mentalidades, ha analizado y cuestionado el acontecer histórico en este amplio territorio de México.

Sin embargo, después de años de centrar su interés en el occidente de México decide remontarse a la sierra norte de Oaxaca para observar a través de la microhistoria un puñado de poblaciones de indígenas. Seleccionó un corto periodo: 1674 a 1707. El resultado de estas investigaciones es el libro *Vencer la derrota. Vivir en la sierra zapoteca de México (1674-1707)*.

Calvo hurgó en los archivos de Oaxaca, consultó diferentes ramos para finalmente descubrir los archivos judiciales, que aprovechó para sacarles el jugo; como ya sabemos, es experto en cuestionar, en hacer hablar a la información, que exprime y aprovecha al máximo. Tomó la decisión de dedicar su estudio a la alcaldía mayor de Villa Alta, en la sierra norte de Oaxaca, donde habitaban cinco etnias en un centenar de pueblos, entre los que destacaba San Juan Yasona. Nos dice el autor: "la fuente habló". Esa localidad había pasado inadvertida para otros investigadores que trabajaron en el acervo. Villa Alta era una rica jurisdicción por las ganancias

Thomas Calvo, *Vencer la derrota. Vivir en la sierra zapoteca de México (1674-1707)*, presentación de Beatriz Rojas, traducción del francés de Jean Hennequin, Zamora, El Colegio de Michoacán-Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-CIESAS-Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 2010, 298 pp.

que dejaban a la Real hacienda la grana cochinilla y la fabricación de mantas.

¿Por qué se interesó en esos 33 años? Calvo reflexiona que en el paso de un siglo al otro se produjeron en el mundo fuertes turbulencias, hambrunas y epidemias, desde la India hasta Italia e Hispanoamérica; en el orbe hispánico se resintieron sacudidas sociales y políticas y no faltaron las trágicas. Por ese motivo le interesó indagar qué cambios se originaron entonces en este microcosmos zapoteco.

El libro está correctamente estructurado en ocho capítulos y la conclusión. En el primero, “Los asesinatos en la sierra”, nos enteramos de los conflictos religiosos, aunque será en los últimos capítulos donde se analicen con más profundidad las creencias prehispánicas de los indios y la simbiosis con la religión católica. Según el cronista dominico Burgoa, la evangelización de la zona fue difícil por el carácter arisco de los nativos, la aspereza del relieve y el aislamiento en que se vivía. Además sufrieron una dura conquista en que fueron sometidos de diferentes formas, incluso con ataques de perros feroces.

El autor nos introduce en el mundo zapoteca por medio de una tragedia que considera un parteaguas, ocurrida en San Francisco Cajonos (cabecera de la parroquia) en septiembre de 1700, con la participación de cinco pueblos. Un ritual pagano que incluía sacrificios de animales, el reparto de tortillas salpicadas de sangre e imágenes de santos puestas al revés había sido interrumpido por soldados españoles, dos religiosos dominicos y dos fiscales indios. La versión de los indígenas fue diferente; exigieron la entrega de los delatores y finalmente se confirmó que los habían matado. Por este motivo las autoridades entablaron un juicio al año siguiente, que concluyó con la condena a muerte de quince de los participantes, cuyas cabezas fueron expuestas a lo largo del camino para escarmiento de los lugareños. Thomas Calvo considera que para los zapotecos la ofensa más grave había sido la interrupción de su ritual, porque los dioses no se encontraban satisfechos: la frustración de las deidades fue total.

En “Crónicas aldeanas: los trabajos y los días (y los desvelos) en Yasona” el autor se preocupa por internarnos en la vida cotidiana de estas comunidades. Destaca la importancia que tiene para los indios la posesión de un pedazo de tierra; el subtítulo no puede ser más significativo: “como su sangre son sus tierras”. Crecen los conflictos internos de unos pueblos indios contra otros e intervienen las autoridades españolas.

Encuentro un rasgo distintivo de estos pueblos de la sierra: la individualización de la propiedad de la tierra entre los indios, que presenta diferencias con los asentamientos indígenas del centro de la Nueva España y

de la Nueva Galicia, que obtenían tierras de comunidad (tierras por razón de pueblo o fundo legal) y las repartían para trabajarlas; excepciones de la regla eran las propiedades individuales de los nativos. En el arraigo a la tierra coinciden todos los pueblos. Los indios zapotecos desmontan su parcela con un machete y siembran con la coa. El autor trata de descubrir si hubo cambios en cuanto a los métodos de labranza utilizados antes de 1700, y para su buena suerte entre los bienes incautados al cacique don Phelipe de Bargas se menciona una yunta de bueyes. Éste es otro cambio ocurrido en los primeros años del siglo XVIII. A lo largo del texto Thomas Calvo muestra su interés en indagar si había permanencia y continuidad en las actitudes o la modernidad ya manifiesta en la sierra hacia 1700.

Se examinan también los gobiernos de algunos alcaldes mayores de Villa Alta en la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII, así como su relación con los indígenas. Las principales quejas ante la Audiencia de México contra esos funcionarios se referían al cobro anticipado del tributo, a su intervención en la elección de las autoridades de los cabildos indios, lo mismo que al abuso en los odiados repartimientos de mercancías.

El autor analiza principalmente dos momentos: uno de ellos en 1690 en Yasona y el otro en Cajonos en 1700. En Yasona son relevantes las luchas fratricidas entre nobles y macehuales o entre clanes, pero señala que no solamente se dieron en este pueblo, sino también en otras comunidades de Oaxaca, y los compara con casos ocurridos en lugares vecinos. La visión microscópica permite al autor internarse en la vida de esta comunidad que, lo mismo que las otras, hacia 1690 elegía anualmente su cabildo; los electores (veinte en total) eran miembros del cabildo, principales, mandones, oficiales de república: alrededor de 10% del total de habitantes; para Thomas Calvo representa un intento de establecer una forma rudimentaria de democracia.

A través de una minuciosa investigación de las fuentes, el autor obtuvo una imagen de los caciques indígenas; localizó 21 casos de individuos alfabetizados, entre ellos nueve caciques, cinco principales y un noble. Estos personajes defienden la continuidad de los linajes que se remontarían a la época prehispánica y que redujeron o edificaron el pueblo. Concluye que estas afirmaciones vinculan a los caciques con un pasado tradicional, el del paganismo que sigue impregnando fuertemente a la sierra. Se presenta un conflicto entre indígenas que se autoproclaman caciques y quienes los consideraban (como don Phelipe) simples macehuales. No sabemos si don Phelipe gozaba de los privilegios de la nobleza indígena, sin embargo el alcalde mayor lo describe como “ladino en lengua castellana”.

Thomas Calvo destaca la participación de la nobleza en esos pueblos y a lo largo de la obra da vida a tres protagonistas, caciques de Yasona: don Phelipe de Santiago, don Pedro de Bargas y don Joseph de Selis. Al

primero lo describe como un ludión agitado, personaje curioso, intrépido, que parece mofarse de las leyes de gravedad. Tenía una firma elegante, afán por los bienes materiales y tuvo suerte porque recibió de herencia un cacicazgo. Pero su instrucción y habilidades le causaron problemas, pues suscitaba envidias y rencores. Sorprende la observación del autor acerca de los objetos que tienen los indios nobles en sus casas; menciona que don Joseph posee un crucifijo, cuatro cuadros de la Virgen (uno de la de Guadalupe), dos cajas de anteojos y un libro viejo, objetos que considera muestras de una “revolución brutal” que aceleró el proceso de individualización. Concluye que don Phelipe es quien presenta un mayor grado de aculturación. Por su parte, don Pablo Bargas rompía con los rígidos marcos del pasado, parecía que estaba convertido al cristianismo, su ladinización es cuestionable; le faltaba respaldo popular y dependía del apoyo del alcalde. El último, don Joseph de Selis, manipulador de hombres, nunca llegó a la rebelión abierta, pues ni la geografía cerrada de la sierra ni la proximidad de los centros de poder lo hubieran permitido, nos dice el autor. Sin embargo su castellanización es innegable (pp. 257-258).

Se pone énfasis en los cambios que se producen después de 1700: progresa la castellanización, se nota que los techos se hacen con teja en lugar de paja; ya no se necesitaba la ayuda mutua.

La médula de este libro es el rastreo de lo que pensaban, sentían y vivían los indios: los métodos de evangelización, el sincretismo y las prácticas religiosas de sus ancestros que se analizan en tres capítulos agrupados bajo el título de “El problema de la creencia en la sierra zapoteca hacia 1700”, con sus correspondientes subtítulos. En ellos se describen las ceremonias donde se hacían sacrificios de animales, rituales de penitencia y de comunión, cantos, danzas y convites. Esas celebraciones implicaban gastos de los cuales tenía que hacerse cargo el cabildo indígena, al que correspondía recaudar las contribuciones para la compra de los animales y demás materiales de las ceremonias. La recaudación de fondos se llevaba a cabo por barrios y llama la atención que de los fondos recogidos en las cajas negras, como les denominaban, se prestaba dinero, pero había que pagar un alto interés anual. Thomas Calvo incluye un cuadro con el número de deudores, las cantidades prestadas, la deuda más baja y la más elevada. Al analizar esta organización barrial el autor se cuestiona si es posible compararla con las cofradías y concluye que en numerosos aspectos son semejantes, pero sus fines eran opuestos. Sin embargo, coinciden en que se componen de mayordomos elegidos entre los más respetables, especialmente en el plano religioso.

La obra es compleja, tal vez algunos lectores tengan problemas para identificar las diferentes comunidades y personajes que intervienen en

este mundo pleno de conflictos y confrontaciones; sin embargo vale la pena desentrañar los desvelos y vicisitudes que padecieron esos pueblos.

Con esta investigación Thomas Calvo amplía el conocimiento de los indígenas de México, logra que nos interioricemos en su vida privada y cotidiana, sus infortunios y rivalidades, la opresión española, la poca atención de los dominicos. Su lectura nos permite internarnos en la existencia a veces tranquila pero con más frecuencia conflictiva de los habitantes de la sierra norte de Oaxaca. Es una valiosa aportación para la historiografía de los pueblos indígenas no sólo de Oaxaca sino de toda la Nueva España, al mismo tiempo que nos invita a recurrir a la microhistoria para obtener un acercamiento más minucioso a los escenarios analizados.